



## LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

### TASSO

#### I

AL estudiar en otra ocasión á Dante y á Milton he intentado poner patentes las causas que originan la esterilidad de la musa épica actual. Establecí que, en primer término, hay que achacar este abatimiento y penuria literaria á la disminución de la fe religiosa<sup>1</sup>. Mas como quiera que los fenómenos y cambios intelectuales no se verifican de pronto, sino suelen venir preparándose despacio, insensiblemente, á guisa de lenta incubación, la decadencia de la epopeya no es fenómeno peculiar del siglo xix, ni aun de su escéptico predecesor el xviii: procede del xvi, en el cual ya levantaron cabeza las tendencias desorganizadoras que traen perturbada á la sociedad. Plantóse entonces el árbol cuyos frutos, amargos como tueras, vanos como pomos del mar Muerto, gusta la generación presente.

<sup>1</sup> Recuérdese lo dicho en la Advertencia preliminar.

En el siglo xvi se inauguró la verdadera Edad Moderna, y con ella el enflaquecimiento de las creencias y olvido del ideal cristiano: y no porque este ideal apareciese en algún modo antitético á las nuevas formas sociales: muy al contrario, en él estaban contenidas, y á él debían su existencia y pujanza. Las dos mayores conquistas de la Edad Moderna en el orden social fueron la monarquía y nacionalidad propia para cada pueblo, y la personalidad y fuero natural para cada hombre: el Estado y el individuo; ambas estaban escritas en el derecho católico. Con haberse de él sacrilegamente divorciado, pararon en disolverse la primera por la anarquía, y la segunda en ser absorbida en el socialismo. Pero la anarquía de las inteligencias preludió y se antepuso á la de las sociedades. Temprano huyó la conciencia humana del materno regazo que la dió blando calor, y en que fué adoctrinada é informada de su alteza y prerrogativas. Escrutando atentamente la historia, se ve cuán larga fecha trae este suceso, á la manera que con el telescopio se divisan en las, al parecer, vacías profundidades del firmamento, nuevos grupos de estrellas.

El conflicto se inició en la literatura. Bien como el delito germina y madura en el pensamiento antes de ser puesto por obra, toda revolución, antes que se traduzca en vías de hecho, reside en la literatura, que es el pensamiento y el sentimiento colectivo. Imaginan los pueblos ser autores de los motines, y no pasan de actores que interpretan y repiten lo que no



idearon, sin poner de su cosecha más que la mayor ó menor perfección en declamar. Las revoluciones son—aunque parezca paradoja—actos de sumisión á conceptos intelectuales. El cerebro ordena y la mano ejecuta. Los pueblos, rigurosamente, no se alzan jamás: son alzados. Y es de advertir que mientras el impulso material va amortiguándose conforme se transmite, el intelectual, al transmitirse, se acrecienta y multiplica en proporción inconmensurable. Negar el enlace y dependencia de los hechos y las ideas, equivale á discutir el influjo del alma en el cuerpo.

No vacilemos en afirmar que si enteramente se perdiesen y borrasen los anales del mundo, con el estudio de la literatura sola podrían ser reconstruidos. En la literatura, manifestación viva del espíritu humano, se descubre y ostenta con brillante claridad lo más latente y recóndito que un periodo de la historia lleva en su corazón y en su cerebro. A buen seguro que entienda la filosofía de la historia quien ignore la historia filosófica de la literatura. Es la literatura espejo tan terso, bruñido y fiel, que en él se reflejan el entendimiento y la voluntad de los hombres, no sólo con sus bellos y sublimes rasgos, sino con sus mínimos lunares y defectos. Por lo cual no hay fase literaria que sea indigna de estudio y que no contenga enseñanza, y así merecen atención los poemas de Homero y las novelas de Cervantes, como la hojarasca culterana de Góngora ó el conceptismo de Ledesma.

Hallaremos, pues, en la época literaria de Tasso presagios y anuncios de cuantos trastornos morales é intelectuales nos consternan hoy; y en la personalidad del poeta mismo, encarnada y viviente profecía de las zozobras y crisis que aguardaban á una edad que, presumida y fiada en sus fuerzas, arrojábase al palenque, ansiosa de lucha, desatenta á todo consejo y auxilio. En Tasso vamos á reconocer al vate de transición y decadencia, al ave infausta, precursora de extraños y pavorosos sucesos. Su inspiración, cual la de Virgilio, es la nota doliente de un mundo que se va: sólo que en el cisne mantuano palpita inefable esperanza, hondo júbilo, como si tras del cargado y sombrío horizonte despuntara, envuelta en aureola de luz, la figura del divino Redentor; y en Tasso se escucha únicamente el eco de su voz melancólica, errante en las tinieblas del crepúsculo nocturno, velada y casi extinta por los mujidos lejanos y sordos de la tempestad.



Por cima de la tosca y áspera peña del feudalismo se formó la delicada cristalización de la caballería: de tan recio y nudoso tronco vino a brotar flor tan gentil. Ni fué ella la única muestra de vitalidad que dió un régimen al cual debe la Edad Moderna bastante más de lo que cree, pero sí el producto estético que la caracteriza mejor, el rasgo más genuino y original de su fisonomía.

En tiempos de confusión y laberinto, cuando el mundo viejo se desgajaba y caía a pedazos, no atinando el nuevo a organizarse y constituirse, solamente tan enérgico esfuerzo individual como el feudalismo pudo concertar, en cierto modo, la sociedad europea, ya a dos dedos de su final disolución. Hasta enfadoso es repetir cosa tan sabida, tan elocuentemente expuesta por Guizot, por Cantú, tan consagrada por la sana crítica histórica; pero este género de sencillas verdades debe inculcarse

de continuo, mientras exista quien las discuta y niegue.

Dos riesgos a cual más graves corría Europa en los primeros siglos de la dominación bárbara. Era el uno que aquellos pueblos invasores, acostumbrados a una vida nómada y agreste, rechazasen la existencia rural-ciudadana, única compatible con los beneficios de la civilización y con la fortaleza y prosperidad de los Estados. El otro riesgo, crónico ya, estaba en el Oriente, siempre anheloso de vengar en las tierras occidentales el largo vencimiento y servidumbre que le impusieron helenos y romanos. Evitó el feudalismo ambos peligros, ligando al triunfador al territorio conquistado con doble nudo de propiedad y señorío, y estableciendo de tal suerte el sistema de armamento y defensa, que cada angosto desfiladero, cada enriscada montaña, cada garganta sombría, cada meseta y cada picacho fueron baluarte, reparo y escudo opuestos a los árabes y los mauritanos. Colgaron los señores sus castillos roqueros en los escarpes innaccessibles, y allí se hicieron fuertes, —acogiéndose a su amparo, como pajarillos a nido de águila generosa, desvalida é inerte multitud.— Hoy que tanto se lamenta la suerte de los siervos adscritos a la gleba, esclavos del terruño, parece echarse en olvido que, gracias a esa forma de organización social, pudo un pueblo que ya era cristiano eximirse de adorar a Mahoma bajo el filo de la cimitarra y de ver a sus hijas y esposas hechas infame ornato de los harenes. Aquellas almenadas moles de gra-



nito, en cuyas atalayas y saeteras velaban como estatuas de hierro los hombres de armas, fueron arcas salvadoras de la civilización.

Imperfecto era, sin duda, el feudalismo: que ninguna institución perfecta cabe en lo humano. Nacían sus inconvenientes de su propia índole belicosa é inestable, y ante todo, de la división y subdivisión del poder civil, el cual, más que en los monarcas, residía de hecho en turbulentos é indómitos nobles, rebeldes al orden, fogosos en la discordia. Avezados al mando absoluto dentro de su esfera de acción, guardaban aún la independiente individualidad de jefes de tribu, nada amigos de sufrir traba ni autoridad suprema. Así aconteció que entre aquellos hombres enérgicos y batalladores, que tenían *por fueros sus brtos y por premáticas su voluntad*, se vieron con sobrada frecuencia rencillas, bravezas y crueldades, violentos despojos, abusos de la fuerza, mezclados con el más brillante heroísmo. Y aun por eso la Iglesia, cuyo espíritu esencialmente benigno propende siempre á suavizar las costumbres, procuraba, ya con la doctrina de sus Concilios, ya con privada intervención é influencia, inclinar la balanza del lado de la concordia.

No solamente se ponía la Iglesia de parte de los débiles—esclavos, pecheros, mujeres,—sino también de la del poder más equitativo y que mayores probabilidades ofrecía de imprimir á la sociedad una sabia y fecunda organización,—á saber, el de los reyes.—Si la soberbia cesárea, en su temerario intento de hacer del

mundo un imperio colosal, halló, así en la Edad Media como en la Moderna, á la Iglesia, firme y resuelta, cerrándola el paso, en cambio la monarquía, forma adecuada de la autoridad civil, se encontró al nacer fortalecida con el apoyo eclesiástico. Cuando San Luis de Francia reprime las demasías del altanero Enguerrando de Coucy, el clero proclama al monarca mantenedor de la justicia en la tierra. ¡Admirable tino político, tanto más digno de loa, cuanto que no se encaminaba á proteger fugaces intereses de una hora, sino á cimentar sólidamente el derecho!

El prestigio que, merced á la Iglesia y al orden providencial de los acontecimientos, iba conquistando el trono, dió origen á uno de los sentimientos más poéticos y generosos que embellecen la historia: la lealtad monárquica. Solemnizando la Iglesia con graves ceremonias la consagración de los reyes; ungiendo al soberano con el santo y bendecido crisma; impetrando para él la divina asistencia; mostrándole á los pueblos como elegido del Señor y Juez de su grey, creó aquel espíritu de fidelidad sublime que sellaron con su ilustre sangre y atestiguaron con su abnegación los Montrose, los Lemos, los Sancho Ortíz, nata, flor y espejo de la nobleza. Así se erigió en virtud el pleito homenaje y acatamiento de los señores, acatamiento que, á no convertirse en honroso deber, parecería humillación y mengua. A la vez, y debido también en gran parte á la idea que infunde el Cristianismo de la dignidad de la



mujer, al culto ferviente de la Madre de Dios, á la santificación de la virginidad, empezóse á quemar incienso en aras del sexo débil; obsequio delicado y poético, afecto puro de amor, que así vibra en el laúd de los trovadores como resuena en el marcial clarín de las justas y torneos.

Juntamente con los conceptos de rey y de dama, fué infiltrándose la idea, del todo cristiana, de defender al menesteroso, al desvalido, al agraviado, aunque fuese una pobre dueña, ó un infeliz mendigo, ó algún judío ó infiel. Esta trinidad de sentimientos, lealtad al rey, homenaje á la dama, socorro al débil, vino á ser código de honor, no escrito en folios ni tablas, sino grabado indeleblemente en las costumbres de cuantos se preciaban de bien nacidos. Hizo este código oficio de ley suprema, á cuyos mandatos se dobló y rindió la arrogante condición de los señores feudales. No faltaron tampoco transgresores; los anales de aquellas épocas narran atropellos, perjurios, traiciones y felonías; pero no era poco que se reconociesen por tales, y que la mancha y nota de su fea conducta fuese arrojada al rostro de los culpables por la conciencia pública. El felón no hallaba quien con él quisiera romper una lanza ó probar á mandobles el fino temple del arnés: y al sentarse á la mesa del banquete, pegábase la voz á su garganta y enrojeíase su rostro, viendo al heraldo, armado de femeniles tijeras, dispuesto á cortar el mantel por el sitio maldito que el vil ocupaba.

¿Quién contará los beneficios de aquel código, cuyos preceptos, á despecho del tiempo y de las vicisitudes humanas, rigen aún para el que presume de pundonoroso? No logra el crudo positivismo de nuestro siglo desterrar ciertas ideas, que, heredadas y transmitidas de padres á hijos, en línea recta proceden de los cánones de la caballería. Impías y semibárbaras eran algunas, como el duelo: y con todo, el duelo en los siglos medios fué un paliativo, porque el reto y desafío cortés, ante testigos y con ciertas condiciones, era harto menos feroz que la emboscada páfida y el negro homicidio á mansalva. Supuesto lo cual, es indudable que sobre las tres bases ó fundamentos de la caballería se formó un sistema ó reglamento á que debía conformarse la vida humana, reglamento generalmente inspirado por espíritu generoso, y revestido de magnánimo idealismo. Los historiadores que, atentos sólo al aspecto exterior de la caballería, la reducen á vano desahogo y pueril escarceo de metafísica galante, que se consumía en retóricas y sutilezas, en cortes de amor y lindas trovas, demuestran que no ven surgir los gérmenes de serias y profundas virtudes que fué sembrando el espíritu caballeresco en sus aventureros arranques y empresas. Había de ser el perfecto caballero sereno en las tribulaciones y en los riesgos arrojado é impáfido; paciente y sufrido en la miseria, y parco y sencillo en la abundancia; limpio y honesto en el pensamiento, en el hablar discreto, inmutable en la fe prometida, vencedor de



las tentaciones, despreciador de la muerte, y en todo y siempre leal, verídico, templado, sincero, generoso y cortés. Y no con los fieros tajos y reveses, ni con inauditas hazañas, sino con el conjunto de tales partes y prendas morales, se calificaba y gloriaba de caballero cumplido. El héroe insigne de Cervantes, vencido y afrentado, hartode corrimientos y estacazos, es siempre caballero, caballero sin miedo y sin tacha, como el más invicto Bayardo ó Cid. Un grado más arriba del caballero está el héroe: dos grados, el santo.

Digan enhorabuena los positivistas de la historia que no existieron, en rigor, andantes caballeros, ni estrecha y gloriosa orden de caballería; pero puesto caso que así fuera, ¿qué nombre recibirán en nuestra patria los Sueros de Quiñones y Diegos de Paredes, en Francia Bayardo y Godofredo de Bouillón, en Inglaterra Ricardo Corazón de León y el Príncipe Negro? Y tocante á caballerescos arrojados, á empresas dignas de ser en bronce repujadas y en mármoles esculpidas, ¿qué tienen que ver las que narran las crónicas de los Galaos y Amadises con el intento temerario de quien penetra solo en una ciudad enemiga á clavar en la puerta de la mezquita el legendario padrón del triunfo? ¿Qué lid descomunal con disformes gigantes, jayanes y endriagos vencerá en peligros y maravillas á la que más allá del Océano Atlántico riñeron un puñado de españoles, juzgando con el esfuerzo de su brazo y la intrepidez de sus corazones un vastísimo imperio,

no menor que las soñadas Trapobanas y Caltays? Cortés y Colón, Elcano, Pizarro y Magallanes, Vasco de Gama y Don Sebastián de Portugal, si por el carácter científico de sus proezas pertenecen á la moderna edad, por la briosa audacia de sus tentativas, por la épica gallardía de sus hechos, van impregnados del espíritu caballeresco, son de raza y sangre de caballeros andantes.

Injustos son con la antigua caballería los que la acusan de no haber producido más que estériles heroísmos, que no influían eficazmente en la práctica y realidad de la vida. Porque aparte de que el estricto cumplimiento de las promesas, la misericordia para con los débiles y oprimidos, la lealtad, templanza y otras virtudes caballerescas, son de altísima importancia y gran provecho para la república, apenas habrá conquista ni adelanto humano que no se deba á la energía de gentes espoleadas por nobles afanes, como los que bullían en el alma del hidalgo manchego; anhelos vagarosos de caballeresco idealismo.

No debemos pensar que la caballería y su genuina literatura brotaron de la imaginación virgen y frondosa de pueblos incultos, prendados como niños de lo sobrenatural y extraordinario; sus raíces partían del corazón; y el corazón, con su natural impulso, suele adelantarse al entendimiento reflexivo. Los frutos del corazón son vivos, completos y sintéticos, y así fué la caballería. A la sed de justicia, exacerbada por el mismo estado anárquico de la sociedad,



satisfacían los campeones del derecho que, acorriendo á huérfanos y viudas, enderezando entuertos y reparando agravios, tenían á raya á malandrines y opresores; al anhelo de más blandas y benignas costumbres, al carácter cristiano que iba en la sociedad imprimiéndose, aquella cortesía en el justar, nobleza en el reñir y clemencia en el vencer; y, por último, á las delicadas aspiraciones del alma, ahíta de pagana licencia y bárbara grosería, aquel culto de la mujer, basado no tanto en sus hechizos cuanto en su debilidad.

Pagó, sin duda, la caballería tributo á la imaginación; y bueno fué, que así se desahogaba la savia hirviente y bullidora de tantos pueblos recién despiertos á los encantos de la fantasía. Sintiendo aquellas generaciones que, como el poeta neogriego al morir, se llevaban consigo un mundo no realizado, una cohorte de ensueños áureos, límpidos, radiantes con esplendor de aurora, la objetivaron en la vida y en las letras soltando la rienda á calenturienta y pródiga inventiva. Mas no todo era inventar por inventar, ni zurcir fábula tras fábula y prodigio tras prodigio; bajo el velo de la ficción se traslucía un simbolismo elevado. El tipo del caballero andante que, fiando en Dios y en su lanza, peregrina por el mundo, protegiendo la perseguida inocencia, enfrenado al soberbio desaforado opresor, cabalgando sobre las nubes del cielo ó sepultado en las entrañas de la tierra y en lo profundo del Océano, siempre en pugna, no ya sólo con monstruos y vestiglos, y

dragones y jayanes, sino con sus propios apetitos que mortifica y reprime, con su alma que acrisola y acendra en pruebas y asaltos de todo linaje, ¿qué otra cosa es que la voluntad, el albedrío, combatido por mil insidias y triunfador de ellas, mediante su resolución y denuedo y el auxilio de la gracia, figurada en las benéficas magas que vienen á curar con odorífero bálsamo las heridas del caballero, ó á hacer añicos las pesadísimas cadenas que le cargó algún perverso encantador enemigo?

El caballero es el ideal de la Edad Media. Creación de una época agitada, pero armoniosa, es hombre de acción más que de raciocinio; hijo de edades sentimentales, dominante el sentimiento; nacido al calor de la fe, es cristiano católico, devoto y pio. No se escribieron los libros de caballería para entretener la ociosidad de las veladas en los castillos, ni para solaz y recreo de damas, dueñas y pajes; que no brota así aislada y sin raíces una literatura completa y bellísima, novelas, canciones, romances de gesta, leyendas, elegías, madrigales,—á menos que refleje viva tendencia, urgente necesidad del espíritu contemporáneo. En la literatura caballeresca, la Edad Media se contempla á sí misma.

Ni pudo ser pura invención el tipo del caballero, que tan perfectamente concuerda con las usanzas y exigencias de la época. El individualismo en las sociedades excita el espíritu aventurero; el Cristianismo lo depura y eleva, señalándole alto rumbo; cada brioso mancebo de



noble sangre emprende, ó puede emprender, llegarse á la hija de un rey, ganándola á punta de lanza; cada hijodalgo obscuro puede con el filo de su tizona volver por los fueros de la verdad, arrancar al injusto detentador el ajeno bien, librar acaso á su patria, como el doncel de Figueroa, de un infame tributo y servidumbre. Un hombre solo es árbitro de la suerte de un reino; con el paladín Roldán se pierde Francia; con el campeador Cid se salva Castilla.

Tengamos la risa los modernos en esto de caballería andante; que es chica hazaña reir de lo que no podemos imitar. Ni disculpe nuestra hilaridad aquella sátira inmortal, primor y gala de nuestras letras, pasmo del mundo, escrita por un pobre soldado aventurero, gloriosamente inválido por defender á su patria y á su Dios. Sea cualquiera el sentido del portentoso drama cómico de Cervantes; intérpretese de un modo ó de otro el pensamiento del mayor ingenio de España, ello es que siempre *Don Quijote*, con sus extrañas imaginaciones y no vistos desvaríos, con sus peregrinas ridiculeces y su sorbido meollo, será el carácter más altamente poético. ¿Qué es burlarse con un tipo, ponerlo en caricatura y alzarlo luego á las cimas sublimes en que sólo las almas privilegiadas se aclimatan y respiran? Si hay en el poema de Cervantes aguda y penetrante ironía, reprimida indignación, enojo magnánimo, ciertamente no van contra el genio caballeresco ya moribundo, sino contra la sociedad que venía á sustituirle, rebozada, como Sancho, en la ho-

palanda de paño burdo de los intereses materiales, y cual el buen escudero, atenta, sobre todo, á atestar de ropa blanca el maletín, de escudos y doblones la faltriquera, de vituallas la alforja. Cervantes es un rezagado de la hueste caballeresca, en quien puso Dios soberano entendimiento, don incomparable de narrar, para que, con intención ó sin ella, formulase en un libro imperecedero la protesta del idealismo vencido.

Al mismo tiempo, por los mismos años, un gran poeta italiano terminaba el poema caballeresco por excelencia. Canto de cisne de la andante caballería era el que en dulces estrofas exhalaba el dolor de Torcuato Tasso, coincidiendo por misteriosa euritmia con el dolor de Cervantes.